

nantes cabezas femeninas, increíblemente construidas y precisas, una de las cuales figura en la colección de la cantante Madonna, donde coexiste con obras de Frida Kahlo y Társila do Amaral, entre otras.

Pese a que él hacía una vida de exiliado dentro del exilio, fue por aquel entonces cuando su amigo Ramón Gómez de la Serna escribió, también para Losada, que lo publicó en 1942, el mejor texto imaginable sobre la pintora a la cual quince años antes, y en unas circunstancias bien distintas, había contribuido a descubrir. Si extraordinarias son las páginas en que el escritor madrileño habla de las verbenas, tanto o más lo son aquellas otras en que dice la poética del ciclo *Cloacas y campanarios*, páginas que en una antología vallecana ideal, habríamos de colocar en la compañía del prólogo de Benjamín Palencia a su monografía de Plutarco de 1932, de las «Palabras de un escultor» de Alberto en 1933, en el segundo número de *Arte*, o de los fragmentos correspondientes del mencionado libro de la pintora *Lo popular en la plástica española a través de mi obra*.

En 1949, rompiendo un silencio español de trece años —sólo interrumpido por una alusión despectiva y terrible de su antaño rendido admirador Giménez Caballero, en un artículo en la prensa del Movimiento—, aparecía el cuaderno de Maruja Mallo *Arquitecturas*, con breve prólogo de Jean Cassou. Lo publicaba Clan, la librería madrileña de Tomás Seral, dentro de su valiente colección «Artistas nuevos», en la que, jugándose, bajo el título *Muerte española* el poeta zaragozano publicó aquel mismo año otro volumen conteniendo una serie de dibujos de uno de sus paisanos y amigos, el pintor asesinado Federico Comps Sellés.

En 1951, curiosamente Maruja Mallo participó en la muy oficial Primera Bienal Hispanoamericana de Madrid, dentro del envío argentino. Poco a poco, sin embargo, Maruja Mallo fue desvaneciéndose de la escena artística argentina. En 1961 tuvo lugar su primer viaje de regreso a España, durante el cual celebró una individual en la sala madrileña Mediterráneo, de Madrid, mientras Dimitri Papageorgiu editaba, a partir de una de sus «estampas» de finales de los años veinte, su litografía *Maniquí*. 1965 fue la fecha de su regreso definitivo. Pero lo que quedaba de los sesenta y los primeros setenta fueron años de relativo ocultamiento y olvido de la pintora, sólo recordada por unos pocos, y entre ellos por Rafael Santos Torroella, cuya hermana, la también pintora Ángeles Santos, pertenece al mismo ciclo histórico. Tuvo que llegar la transición para que la inconfundible efigie de Maru-

ja Mallo se tornara visible: exposiciones –entre ellas la de 1979 en la Galería Ruiz Castillo, centrada en una nueva serie, la de los *Moradores del vacío*–, su presencia en colectivas de carácter histórico –destacando varias en la Galería Multitud, de tan grato recuerdo–, publicaciones –como la carpeta de aguafuertes que le editó su gran amigo y confidente José Vázquez Cereijo, de sus viñetas de preguerra para *Revista de Occidente*–, homenajes y reconocimientos –la Medalla de Oro de las Bellas Artes de 1982, que le sentó mal porque era puramente honorífica, y lo que hubiera deseado es el Premio Nacional, que sí iba acompañado de dotación económica–, fotografías como aquella en la que se la ve en compañía de Andy Warhol...

Por la misma época, para uno de los estupendos programas televisivos de Paloma Chamorro, de los que por desgracia no existe hoy ningún equivalente ni en la televisión pública ni en la privada, entrevisté a Maruja Mallo, a la que veía con cierta asiduidad, y de cuyas largas y proverbiales conversaciones telefónicas era oyente. Tras intentar rodar en el despacho de Ramón Gómez de la Serna, que todavía creíamos instalado en la Casa de la Panadería –«aquí no hay ningún Don Ramón», nos espetó un bédel, al que otro más culto recriminó que no supiera que aquello ya se había desmontado–, la conversación, en blanco y negro, tuvo lugar en un banco de la Plaza Mayor –se acercó a saludarla José García Nieto–, donde alguien del público –era el tiempo del retorno de los exiliados– murmuró: «Debe ser la Pasionaria»... Entre los proyectos desgraciadamente no realizados, recuerdo el de Adolfo Arrieta, de convertirla en actora de una de sus películas.

En 1985, Alberti rompió su silencio de décadas, con un hermoso artículo aparecido en *El País*, incorporado luego a la continuación de *La arboleda perdida*, y en el que explicaba por qué en las primeras ediciones de aquel libro de memorias, faltaba cualquier referencia a ella. «De las hojas que faltan», se titula significativamente el texto.

En los últimos años, hemos asistido a diversas tentativas de revalorización de la figura de una pintora en torno a la cual cada vez está más claro que debemos, entre mediados de los años veinte, y mediados de los años cuarenta, algunas de las obras más importantes de la pintura española del siglo XX. Lucía García de Carpi –que obviamente la había incluido en su pionero libro de la editorial Istmo sobre nuestra pintura surrealista, del que está extraído el fragmento que antes cité– y Josefina Alix mostraron cuadros suyos en su gran exposición surrealista del Reina Sofía. En 1993, con Maruja Mallo todavía en vida, pero

recluida en un sanatorio, el CGAC de Santiago de Compostela inició sus actividades con una retrospectiva de su obra, que luego viajó al Museo Nacional de Bellas Artes de Buenos Aires. El madrileño Guillermo de Osma ha sido uno de los galeristas que con más ahinco ha buscado y enseñado aquélla. En el ámbito de la palabra escrita, hay que referirse a los diversos textos de Quico Rivas, Juan Pérez de Ayala, María Escribano, Fernando Huici o Estrella de Diego, al testimonio del también surrealista Eugenio Fernández Granell, a las monografías de Consuelo de la Gándara y Carme Vidal, a su inclusión por Shirley Mangini entre *Las modernas de Madrid*, al reciente volumen colectivo fruto de unas jornadas en la villa natal de la pintora, y por último a la biografía de José Luis Ferris, ya mencionada al comienzo de estas palabras, biografía conseguida, ya lo he dicho, bastante exacta —pese a que la afeen unos cuantos pequeños errores que se podrían haber evitado, sobre todo por lo que se refiere a nombres propios—, que he tenido muy en cuenta a la hora de escribir estas líneas.

Pero pese al importante precedente del CGAC, lo que sigue pendiente es una gran muestra que fije de una vez por todas el perfil artístico y vital de Maruja Mallo, a ojos de un público amplio. *Mea culpa*, por la parte que me toca: por razones que ahora no vienen al caso, no la puse en marcha, y bien que me arrepiento, ni en el IVAM, ni en el Reina Sofía.

Dípticos mexicanos

Palacio de Bellas Artes (México DF)/ Palacio de Hierro (México DF)

